

Suscripciones de Madrid
y venta de números.

Plaza de Matute, 2.

EL

CASCABEL

Dirección.

Calle de Serrano, núm. 82.
Barrio de Salamanca.

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.
NÚMERO DEL DÍA DOS CUARTOS.

MADRID 28 DE MARZO DE 1875.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.
NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2, LIBRERÍA: MADRID.

COSAS DEL DÍA.

—¿De dónde bueno, D. Serapio!
—Hombre, vengo de divertirme en grande. Nunca he oído tan sabrosos chistes en los Bufos.
—Pues si esta semana no hay teatros.
—¿Qué teatros ni qué berengenas?... Vengo de un círculo carlista, donde me ha faltado poco para reventar de risa. Estaban hablando de Cabrera.
—¿Y qué decían?
—Las cosas más graciosas. Uno de ellos, empleado que fué durante el reinado de Doña Isabel II, decía muy serio que la inconsecuencia de Cabrera le daba náuseas, y que él conocía á quien le había entregado á Cabrera no sé cuantos miles de duros.
—¿Qué barbaridad! Precisamente lo que más de sobra tiene Cabrera es el dinero. ¿Y qué más decían?
—Un cantonal que ahora se ha hecho carlista, aseguraba que Cabrera nunca ha sido valiente, y que si él hubiera dirigido la campaña, los carlistas habrían sido deshechos; por lo cual es una felicidad para el partido, que ya no puede esperar la cooperacion de Cabrera.
—Tambien eso es peregrino.
—Pues otro apunte que allí estaba ha leído una exposición que dirige á D. Carlos, pidiendo que inmediatamente se reúna Consejo de guerra en Estella que condene á muerte á D. Ramon Cabrera, á Cánovas, á Mac-Mahon, al emperador de Alemania, á Escobar y á todos los españoles y extranjeros que no sean carlistas.
—¿Canario! ¡qué ferocidad!
—La exposicion acaba de esta manera: «Señor, quedando solos en el mundo V. M. y sus amigos, el mundo quedará medio arreglado, y arreglado del todo cuando se haga despues un expurgo entre los mismos carlistas.»
—¡Hombre! es lástima que no se publique ese documento.
—Un señor que allí estaba, reflexivo y meditabundo, exclamaba de vez en cuando:
—Eso es cosa de los ingleses, nadie me lo quita de la cabeza.
—¡Hombre!
—Y tambien piensa dirigir una súplica á D. Carlos para que en triunfando aquí su ejército, que será cosa de quince días, ó ménos, se forme una division al mando de D. Pascual Cucala, que vaya á declarar la guerra á Inglaterra, y otra, al mando del cura Flix, ó de Flix, que vaya con las mismas intenciones á Alemania, pidiendo treinta millones de tales (ó thalers) y la cabeza de Bismarck.
—Verdaderamente que no sé cómo ha podido usted oír seriamente tales desatinos.
—Otro individuo, chiquitín y lácio y enclenque, decía, dando puñadas sobre la mesa: «En viniendo Cabrera á Madrid, ningún carlista debe mirarle á la cara.»
—¡Terrible venganza! ¿Cómo se atreverá Cabrera á venir sabiendo lo que ha propuesto ese carlista?
—Figúrese Vd. Parece que Cabrera está aterrado desde que lo ha sabido. Por supuesto que todos convenian en que ahora era más seguro que nunca el triunfo, y todos cuentan con que este verano no habrá en España ni un sombrero, porque todo el mundo llevará de real orden boina con una C. y un VII.
—¿Y no han dicho nada del Papa?
—Sí; uno ha dicho que no les hace falta el apoyo del Papa, teniendo, como esperan, el auxilio de una gran partida de federales que se les va á reunir la semana que viene. En fin, amigo mio, es imposible que refiera á Vd. todos los dislates, despropósitos y atrocidades que han dicho para disimular su despecho.
—El derecho del pataleo no se les puede negar.
—Los carlistas que tienen sentido comun, ya les tiene Vd. bien persuadidos de que están verdes. Cabrera ha dado el golpe de gracia á una causa á la que solo debe España miseria, luto y vergüenza.
—Ya es tiempo de que la paz nos permita reparar, en lo posible, los desastres causados por la ambicion de un hombre que ni siquiera ha sabido apreciar los

sacrificios que por él han hecho sus mismos partidarios.

—¿Sabe Vd. lo que le digo, D. Mateo?
—En cuanto Vd. me lo diga lo sabré.
—Pues digo que radicales, constitucionales y republicanos deben seguir el alto ejemplo de patriotismo que ha dado Cabrera.
—Yo creo que ya debian haberlo hecho, publicando cada partido de esos un manifiesto que viniera á decir en pocas palabras lo siguiente: «Confesamos que hemos sido unos botarates, por no decir otra cosa, y que nos pesa de todo corazon haber hecho tanto daño á nuestra patria. Que Dios nos perdone y que nos olvide la historia, como dice Castelar.»

—Verdaderamente que eso deberian haber hecho ya todos los revolucionarios, desde Topete hasta Rubau Donadeu.

—Lo bueno que tiene el asunto es que habiendo buen Gobierno en España, los revolucionarios de todas categorías tendrian que tentarse mucho la ropa antes de emprender nuevas aventuras.

—A propósito de Gobierno; creo que el Sr. Cánovas merece la gratitud de la patria, porque á él le vamos á deber en parte la paz, que al fin ha de venir, aunque otra cosa digan los federales y los carlistas de poco más ó ménos.

—Mucho lo celebraré, y no escasearé mis aplausos al Sr. Cánovas, que ya está demostrando que es un hombre que lo entiende.

—La calumnia comienza á morderle grandemente.
—Eso prueba que el hombre tiene voluntad y energía y talento, y así tenga todas las cualidades que se necesitan para regenerar estas perversas costumbres políticas y dar á cada uno su merecido.

—Estoy aburrido.
—¿Por qué?
—Porque este mes tengo que dar de mi paga 1.000 reales que he pedido prestados.
—¡Hombre! ¿Qué extremos son esos?
—Mira, ha sido para ejercitar una de las virtudes.
—¿Cuál?
—La caridad. Recibí veinticinco invitaciones de hermosísimas señoras que pedian en diferentes iglesias y á cada una le he largado dos duros.
—Veinticinco sonrisas te habrán valido.
—¡Lástima que con ellas no pueda pagar á mi acreedor!

—¿Qué opina Vd., D. Rafael? ¿Se acabará la guerra? Usted, que es tan carlista, debe saberlo.
—Sí, señor, me parece que por ahora se acabará, porque crea Vd. que D. Carlos no reúne las condiciones necesarias para vencer; pero en teniendo treinta ó cuarenta años su hijo D. Jaime, que ahora tiene un año ó dos, verá Vd. cómo lo arrollamos todo. Ese sí que manifiesta buenas disposiciones en su corta edad.
—Entonces ya no se llamarán Vds. carlistas.
—No, señor, nos llamaremos jaimistas, y no habrá quien pueda con nosotros.

—¿Ha pedido Vd. este año para los pobres, apreciablesísima doña Rosa?
—Sí, señor, yo siempre pido. Hemos pedido juntas mi hija y yo.
—¿Habrá Vd. sacado mucho?
—Sí, señor, he sacado un novio para mi hija; buen partido; le acaban de nombrar secretario de un gobierno.

—¿Va Vd. al correo?
—Sí, señor; á llevar esta carta para Cabrera.
—¿Es amigo de Vd.?
—No, señor; pero como su intervencion patriótica vendrá á dar por resultado la paz, le escribo suplicándole se digne intervenir tambien en mi casa, á ver si nos pone en paz á mi suegra, á mi mujer, á mis cuñados y á mí.

—Vea Vd. qué anuncio de un peluquero.
—A ver.
—«El cráneo muchas veces vuélvese infructífero á causa de descuido.»
—¿Y qué me cuenta Vd. con eso?
—Que debe aludir el peluquero á los cráneos revolucionarios y carlistas.
—En efecto, la indirecta es trasparente.

—Ya vi á Vd. el otro día pidiendo en San Ginés, bellísima amiga.
—¡Ah, pícaro, y no me echó Vd. ni cinco duros siquiera!
—¡Oh! pero le eché á Vd. unos ojos.....

CARTA Á CABRERA.

Señor Don Ramon Cabrera, ¡hombre! me ha gustado usted, y en llegando usted á la corte una visita le haré.

Entretanto, en estas letras le mando con gran placer por su bizarra conducta el más cordial parabien.

Don Ramon, usted es un hombre que vale mucho, sí á fe, un buen español que quiere solo de su patria el bien, que con dolor en el alma la está viendo perecer, y no quiere que perezca patria que tan grande fué, y que, si sus hijos quieren, aun puede volverlo á ser.

Dice usted bien á fé mia, antes que Don Carlos es Dios que la guerra condena y que no puede querer que quien á España asesina llegue á ser de España rey.

Don Ramon, si usted ha leído este modesto papel, habrá visto que hace poco, cuando Dios permitió que viniera el Rey Don Alfonso, fué el primero EL CASCABEL, que dijo:—«Alfonso es la paz.»

¡Y vaya si lo ha de ser! aunque no quieran los malos españoles, que no ven más patria que el propio medro, y en esa guerra cruel satisfacen sus rencores y suelen su agosto hacer.

La paz es el Rey Alfonso, la paz ha de darnos él... Rey dichoso, que sus manos limpias de sangre las vé, que á sus mismos enemigos los brazos vino á tender, que es el único en la patria que jamás culpable fué, ese es el Rey de los buenos, el de los hombres de bien, el Rey de los que trabajan y cumplen con su deber y piensan que de la patria segura salvacion es trabajar por ella todos con voluntad y con fé.

Usted á todos da ejemplo que debemos aprender de firmeza y patriotismo, y si antes valiente y fiel luchó usted por una idea, cuando llega á conocer que esa idea es un pretexto con que hombres sin Dios ni ley

en hondo abismo de males hacen á España caer, se abraza usted á la bandera de nuestro querido Rey, que á todos los españoles unidos los quiere ver, y no quiere que le teman sino que le quieran bien.

Don Ramon, usted me gusta, ¡vamos! que me gusta usted, y lo que es Don Carlos sétimo, ya puede pronto volver á Gratz, si así le parece y sino á Gratz, á Vevey, y estarse allí en paz, si puede, que no la podrá tener el que lleva en la conciencia la gran pesadumbre de tanta sangre derramada estérilmente por él.

A dios, Don Ramon amigo, que lo pase usted muy bien, y viva usted muchos años y mire en EL CASCABEL á un amigo que le estima y es un servidor de usted.

Cuando venga usted á la Côte una visita le haré para decirle: «Salero, hizo usted muy retembien.» Y si alguien rabia, que rabie y se cuelgue de un cordel.

Antes, cuando se temía que se iba á armar el belen solia decir la gente:

«Aquí ya está visto que un Don Ramon hace falta lo mismito que comer,» aludiendo á Don Ramon Narvaez, que con aquel nadie se andaba con juegos, que era muy templado á fé. Otro Don Ramon templado vamos por fin á tener.

Yo me alegro mucho, mucho, á ver si al fin de una vez acabamos en España de acribillarnos la piel, y viven en paz los buenos, y á los malos que les de la justicia en un presidio lo que merezcan. Amen.

C. FRONTÁURA.

RECUERDOS DE MI LUGAR.

En el camino de Compostela, que pisan tantos peregrinos y por donde pasan tantos escolares, existe una iglesia, de erguido campanario y de modestísima apariencia. Rodea á la casa de Dios un hermoso prado, que produce en el mes de San Juan finísima yerba, y tiene por constante atalaya un molino, movido por la rápida corriente de aguas cristalinas.

La iglesia y su correspondiente campanario se divisan al llegar á los altos de Arenteiro, en la carretera de Orense á Santiago. A un lado y á otro, equidistantes entre sí, se encuentran las parroquias de Louzado, Barran y Carballeda. La elevación del terreno, la pendiente de las cuevas, la abundancia de las aguas, lo bajo de la temperatura y el verdor de los maíces durante la canícula denuncian al viajero que se halla en plena montaña y en medio de gente laboradora. Una fábrica de papel, la labor del campo y la industria ganadera sirven de ocupación habitual á millares de familias que pasan la vida en constante invierno.

En aquel país las costumbres de sus habitantes son morigeradas, las creencias reflejo fiel del sentimiento católico y las riquezas completamente desconocidas. Allí todos son propietarios, ya del suelo, ya del arbolado, ya del usufructo de la tierra; todos disfrutan de la casa paterna, todos recojen el fruto de su trabajo, y, sin embargo, nadie tiene más que lo necesario, lo absolutamente indispensable para sostener la pobreza.

¡Dichoso país que, sin dinero, sin fortuna y sin protección es modelo de orden y de sensatez! ¡Dichoso país que trabaja para vivir y vive para trabajar!

Hallabase el que estas líneas escribe en el átrio de la iglesia de Torrezuela contemplando el vistoso panorama que desde allí se descubre y viendo la numerosa caravana de gentes que por caminos, senderos y veredas se aproximaba al lugar de la romería, porque es de advertir que en Galicia las fiestas populares son siempre festividades eminentemente religiosas. Interin la campana anunciaba á los fieles el santo sacrificio de la misa, sostuve con algunos aldeanos, de antiguo conocidos y de siempre respetados, inocente y provechosa conversacion. Preguntáronme por las novedades de la capital de España, á la que califican irónicamente de Babilonia, y por sus habitantes, á quienes consideran millonarios, y luego que hubo terminado la conferencia al aire libre, empecé la lectura en alta voz de un libro español, pequeño por su volú-

men pero grande por el pensamiento. Aquel libro, que suelo llevar á mano en los viajes para solaz de la inteligencia, interesó de tal modo á los oyentes que todos á una me preguntaron ¡quién ha escrito eso? ¡Debe ser hombre de pluma?

—Pues el autor, les dije, es un habitante de Madrid, de esa Babilonia, como Vds. le califican.

—Señor, ¿será posible?

—Y tan posible.

—Pero ¿es posible que quien escriba tales libros viva en un pueblo que consume todas nuestras contribuciones y que por sus locuras políticas se pierden nuestros hijos?

—Ni es axiomático que Madrid gaste los tesoros de la nacion ni las locuras de gran parte de sus habitantes llevan al matadero á la juventud de nuestras provincias.

—¡Ay! señor. Todos dicen que allá nadie trabaja y que todos viven sin trabajar.

—Vivirán algunos centenares, porque la gente holgazana, viciosa y parlanchina, abunda en tierra española, pero la mayoría del vecindario quisiera, á buen seguro, disfrutar de la tranquilidad y de las honradas comodidades que se observan en estas aldeas.

—¡Si nos abrasan con tributos y recargos! No sacamos para malcomer, con perdon de Vd.

—A pesar de esto, un labrador es la personificación viva del trabajo, de la virtud, de la paciencia, de la resignación.

—Pero sírvase Vd. repetir la lectura de esos versos, que tan bien describen al labrador con sus eternas angustias y sus risueñas esperanzas.

—¿Con que les gustan á Vds. los versitos de ese habitante de Madrid?

—Por Dios, repítalos Vd. con ese tono solemne y esa claridad que da á la lectura.

—Pues bien, volveré á recitar lo que Vds. desean, pero debo advertirles que la composición es de D. Antonio de Trueba, y forma parte como las anteriormente leídas del *Libro de los cantares*.

—¡Trueba! ¡Trueba! ¡Trueba! Decían unos, pronunciaban otros, repetían todos. ¡Silencio! ¡Atencion! añadió el más anciano, que frisaba hoy en los noventa años. ¡Lea Vd.! ¡Empiece Vd.! piden con impaciencia los más jóvenes; ¡chis! ¡chis! se oía alrededor.

Sentados en unas piedras del atrio, frente á la puerta de la iglesia parroquial, di comienzo á la segunda lectura del lindísimo cantar de Trueba, con voz pausada, alegre fisonomía y acento melodioso, teniendo por oyentes y espectadores hasta cincuenta aldeanos que, locos de satisfacción, se preparaban á saborear nuevamente el gracejo, el ingenio y el donaire de nuestro trovador.

Decía así el Sr. Trueba (La concurrencia no perdía ni una sílaba; todo era oídos para escuchar al lector):

Al despuntar una hermosa mañanita de San Juan, toma el labrador sus hozes y alegre á sus campos vá despues de haber dado un beso de paz á su mujer y á sus hijos que aún dormiditos están. Conforme camina, dice, lleno de felicidad:

—¡Trigo de mis campos que hermoso estarás! y al verte en nuestras paneras como el sol de Dios entrar, mi esposa y mis hijos ¡cómo reiran!

—¡Siga Vd.! ¡Continúe Vd.! me decían. —Seguiremos... vamos allá:

Llega el labrador al campo donde su esperanza está, y en vez de mieses doradas halla abrojos nada más, que lluvias, vientos y nieblas han malogrado su afán; y torna á su casa el pobre diciendo al tornar:

—Paneritas de mi alma, ya vino el señor San Juan; si vacías os encuentra, vacías os dejará!

Y al veros vacías de trigo candeal, mi esposa y mis hijos ¡cómo llorarán!

—¡Y la otra que habla de la ordenanza militar? —La otra... se leerá también. ¡Orden! ¡Atencion! ¡Silencio! Unos momentos de pausa... Basta de comentarios.

—Prosiga Vd. que pronto va á comenzar el rosario, pues estamos ya en el segundo toque y se dispone el sacristán á que se oiga el tercero.

—Allá vá.

—¡Oiga usted, señor recluta!

—Mi sargento, mande usted.

—En cuanto oye la retreta, pensando que no le ven,

se va usted del campamento y vuelve al amanecer.

Diga usted, señor recluta,

¿á dónde se marcha usted?

Perdone usted, mi sargento,

que no lo volveré á hacer...

—Señor recluta, cuidado

con escaparse otra vez,

¡porque como yo lo sepa

no lo pasará muy bien!

—Está muy bien, mi sargento;

pero ha de saber usted,

que allá abajo, en aquel pueblo

que en la llanura se vé,

hay una chica morena

con una sal y un aquél...

—Silencio, señor recluta, ¡que se insubordina usted! ¡qué tienen que ver las chicas?...

—¡Pues no han de tener que ver!

El día que cai quinto

adornó mi calañés

con una escarapelita,

llorando á más no poder...

—Pues es preciso olvidarla, señor recluta.

—¡Por qué?

—Porque solo su bandera

el soldado ha de querer,

porque el soldado ha de estar

donde la bandera esté.

¡Lo manda así la Ordenanza

y es preciso obedecer!

—¡Qué despierto y qué hombre de pluma debe ser ese Sr. Trueba, dijo con cierta inocente envidia el de mayor edad! ¡Pero qué poco leídos somos nosotros! repuso un gallardo mancebo de la reunion. ¡O que non fen estudios vive no mando sin saber á que pasa ne! é como o ceguinho que anda de porta en porta sin conocer as boas almas é sin admirar os trabalhos do Criador feitos sin pau é sin pedra! añadió un aprendiz de lector público...

—¡Que ha empezado el Rosario! anuncian todos. —¡Adios, señores. Entremos en la iglesia.

—Dígale Vd. al Sr. Trueba, cuando Vd. regrese á Madrid, que por Dios no se malee en aquel pueblo; que no se pierda con los vicios de la capital de España; que siga queriendo á los aldeanos, que trabajan sin descanso para los gastadores públicos. Y no deje de enviarnos un ejemplar del libro.

—Trueba no puede echarse á perder porque ha pasado de la edad de niño. Es feliz con su casita blanca en el valle y con su altísima habitacion en la corte; vive satisfecho con su honrada pobreza, porque escribe lo que siente, siente lo que dice, y dice lo que le parece cuerdo, sin presiones ajenas y sin someterse á indignos vasallajes. No tiene riquezas, como le pasa al autor de estas líneas y á quince millones más de españoles, pero esa ausencia de fortuna, que Dios sabe perfectamente lo que se ha hecho, evita sinsabores... metálicos... y pesadumbres.

—Que Dios conserve á Vd. y al Sr. Trueba; oigamos la misa consagrada al lector y al autor del *Libro de los cantares*, dijo al despedirse en el vestíbulo de la iglesia el más anciano.

—Muchas gracias en nombre de ambos.

De esta conversacion, club ó lectura, agrícola-literaria da testimonio en letras de imprenta, porque sus ocupaciones no le permiten hacerlo de palabra, uno de los más desinteresados admiradores del talento, de las virtudes y de la laboriosidad de Antonio de Trueba.

MODESTO FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Madrid 16 de Marzo.

LOS OJOS NEGROS.

I.

Cuando aún los aires mecian del vals los últimos ecos, cruzó la reina del baile como una nube de incienso.

De sus labios y sus galas risa y joyas confundiendo, brillaba... con ese frio resplandor de los luceros.

Parece un lirio su rostro, en una aurora de invierno, conservado entre cristales, y pálido por enfermo.

De galanes rodeada dá favores ó desprecios, mas no pasa de su traje el calor de sus afectos.

Estos juran humillarla, infundirla amor aquéllos, porque brote en su hermosura la luz de los sentimientos.

Va el corazon apretado por la nieve de su seno: es una estatua que adornan impasibles ojos negros.

II.

La tarde está silenciosa, embriagado gime el viento; vagan por el infinito las nubes y los recuerdos.

La soledad es santuario de los dolores secretos, y á una solitaria vega fui á hablar con mis recuerdos.

... Está una mujer sentada donde es más triste el silencio, con la modestia en el traje, con una niña en el pecho.

Marchita ya, como un lirio en una tarde de invierno; era la reina del baile sin amantes ni aderezos.

Al cruzar nuestras miradas, vi una lágrima de fuego, que rodaba hasta sus labios haciendo amargos sus besos.

¡Qué rasgos tan elocuentes grabó en aquel rostro el tiempo! ¡qué de angustia destellaban sus rasgados ojos negros!

III.
Asolada está la villa,
por el contagio funesto;
no hay casa dondese oiga
una oración por un muerto.
Al pasar ante la reja
de un solitario aposento,
he visto cuatro blandenes
con un cadáver en medio.
Ajado está como un lirio
en una noche de invierno;
y hay una niña que llora
abrazada al frío cuerpo.
Sola está porque no tiene
la desgracia compañeros,
y los hijos de la culpa
pasan por el mundo huérfanos
En las facciones que besa
de aquel rostro cadavérico,
hay señales de una lucha
entre la tierra y el cielo.
¡Qué profunda es la mirada
del postrer remordimiento!
¡dos abismos parecían
sus vidriados ojos negros!

J. CABRERES.

PIDO LA PALABRA!

(PARA UNA CUESTION PERSONAL).

...Y como ningun otro orador me ha precedido en dicha petición, empiezo desde luego.

Hece días que mi modesto y oscuro nombre viene corriendo por los periódicos, á consecuencia de una recomendación circular hecha á los mismos, para la inserción de una noticia. No trato de examinar la importancia de esta, ni tal puede ser mi objeto; pero la carta en que se recomendaba es aprócrifa, mi firma ha sido groseramente suplantada y calumniada mi ortografía.

Ahora bien, ¿cuál puede ser el origen de semejante delito? ¿Existirá en Madrid alguna sociedad anónima que utilizando malas artes pueda alcanzar beneficios positivos á la sombra de la prensa periódica.

Recordaré algunos antecedentes, por si acaso constituyeran el hilo del ovillo.

Durante muchos años he estado consagrado al periodismo, casi siempre de confeccionador, y en tal concepto llegaron á fijar mi atención unas noticias que periódicamente llegaban por el correo acompañadas de su correspondiente carta, en la cual se veía un membrete en seco con el título de algun periódico de los que no suelen publicar más que un número. En dicha carta, que firmaba como *compañero* en la prensa, un ciudadano cualquiera, se recomendaba el próximo nombramiento de D. Fulano para determinado cargo, el magnífico té dado en sus salones por don Mengano, la boda concertada entre doña Zutanita tan conocida en la buena sociedad, con el joven escritor D. Perengano, etc., etc. Alguna vez tratando de examinar la certeza de la noticia, solo averigüé que don Fulano, á quien indirectamente se recomendaba para un destino, habia sido privado del suyo por un desfalco; que los salones de D. Mengano se reducían á un sotabanco mal esterado con medio rollo de la blanca, y que doña Zutanita era tan desconocida en la alta sociedad como su novio D. Perengano en el campo de las letras.

Una vez supe, por el mismo anónimo conducto, que habia muerto en una aldea un afamadísimo compositor músico, y aun cuando no habia llegado hasta mí el eco de las trompetas de su fama,—por cuya razón no inserté el anuncio,—lo ví más tarde en casi todos los diarios de Madrid.

Andando el tiempo pude averiguar el desinterés con que alguna persona ó sociedad se ocupaba en estos asuntos, pues dirigiendo *La Gaceta popular* recibí la noticia de otro fallecimiento ocurrido en un pueblo, á cuya noticia acompañaban veinticuatro reales en sellos, *importe*,—decía el remitente,—de la publicación, *con arreglo á lo que llevaban los periódicos de Madrid*.

Entonces comprendí todo el mérito del maestro compositor, de cuyo fallecimiento no habia querido yo dar cuenta al respetable público.

Por la misma época estuvieron tambien muy en boga los volantes timbrados, reclamando números de periódicos. Como en ellos se indicaba ser para otros diarios, el espíritu de compañerismo hacia servir semejantes pedidos, hasta que la insistencia de los peticionarios, hizo pensar en la posibilidad de un fraude.

Este mientras tanto, seguía impunemente su marcha; y si los archivos y contadurías de los teatros conservasen ciertos documentos podrían servir de mucho para el esclarecimiento de este asunto.

La procaçidad llegó á tal extremo, que al entrar una noche en el teatro del Príncipe el revisero de la citada *Gaceta popular*, encontró ocupada su butaca, y



El Descendimiento.

Lámina dibujada por el ilustre pintor D. Carlos Luis de Ribera.

al hacer constar su derecho, le fué disputado breve rato por el individuo en cuestion, hasta que, cambiando de dictámen, desapareció en el primer entreacto. El escritor verdadero, preguntó en Contaduría la causa de aquella usurpacion, y pudo ver, con gran asombro, una tarjeta, en que detrás de un nombre; que no era el suyo, se decia con litográfica sanfre fria: *Revisero dramático de la Gaceta popular*.

Recuerdo tambien que una mañana entró en el despacho del director—propietario de un célebre periódico ilustrado de Madrid, un honradísimo comerciante, solicitando hablarle, con gran insistencia.

—¿En qué puedo servir á Vd...? preguntó el director.

—Mi objeto es muy natural; vengo á que me diga usted cuándo piensa publicar mi retrato y biografía.

—Caballero, como no tengo el honor....

—Es verdad; pero como ya entregué hace seis meses mi fotografia, pagando los quinientos reales que usted me reclamó....

—Caballero, no siga Vd. adelante. Usted ha sido indudablemente victima de una estafa, pues yo no he encargado á nadie semejante comisióp.

—Dispense Vd. la molestia, y mándeme lo que guste. Soy X... comerciante de ultramarinos en la calle de tal.

El pobre industrial, que habia pensado sin duda pasar á la posteridad, pudo convencerse de que ni siquiera servia para defender su hacienda contra las asechanzas de un estafador.

No sé si los industriales que há poco tiempo sacaban libros de algunos comercios, con la firma falsificada del conde de Toreno, podrán relacionarse con los autores de las hazañas relatadas; pero lo que no cabe duda es que los seudo-redactores de periódicos imaginarios, los que solicitaban bombos y artículos necrológicos, los que pedían números de periódicos vivos, tomando el nombre de otros muertos, son los mismos que han tenido la bondad de fingir cartas mias, pidiendo en nombre de mi padre político—que no existe—la inserción de sueltos relativos á incompatibilidades de funcionarios.

Yo agradezco en el alma la cortesía conque muchos periodistas se han apresurado á insertar lo que juzgaban recomendado por mí; pero ereo del caso advertir que en lo sucesivo, y ya que en las redacciones

publicar libros *verdes*, que tienen más éxito. Nos otros, persuadidos, aunque sea inmodestia, de que hacemos un bien á la infancia y á los padres de familia, seguimos luchando y haciendo sacrificios, con la esperanza de que algun dia se nos haga justicia. Si lo conseguimos buenamente, lo celebraremos; si no lo conseguimos, nos quedará la satisfaccion de haber hecho lo que nadie hace; haber trabajado desinteresadamente por la instruccion de la generacion que ha de sucedernos.

Reciban todos los periódicos que recomiendan *Los Niños* á sus lectores, la más viva expresion de nuestro agradecimiento.

El dia de San José—hubo manifestacion—en Roma, porque era el dia—del conocido señor—de Garibaldi, que dicen—que allí es un hombre de pró.—El hombre estuvo tan hueco—y al ver aquella ovacion,—dicen que el hombre, hasta un hombre—de importancia se creyó.—Allí faltaron Pi, el célebre,—traductaire de Proudhon—y Figueras el sensible,—y Roque Bárcia, el atroz;—y en fin, el grandilocuente—filósofo Salmeron,—y Suñer y Capdevila—que le llama de tú á Dios.

Al saber que Cabrera no es carlista—un soponcio le ha dado á D. Bautista.—Por eso digo yo que está mal hecho—tomar algunas cosas tan á pecho.

El conocido editor de música D. Nicolás Toledo acaba de ser nombrado proveedor de la Real casa. Felicitamos sinceramente al Sr. Toledo por tan honrosa distincion.

En su acreditado almacén de música acaba de poner á la venta dos preciosas polkas, editadas esmeradamente por dicho señor y originales del Sr. Blasco. Se titulan *Ingrata* y *Flor de lis*, y arabas están llamadas á obtener gran éxito.

Lo que se debe exigir á la empresa del tram-vía es lo siguiente:

Que encargue á los cobradores y conductores que

no puedan tener un par de guardias civiles en la antemala para dar el «quién vive» á los falsificadores, será muy conveniente que todo el que mande un suelto á un periódico le acompañe con la cédula de vecindad y la firma de alguna casa de comercio.

Antes de terminar estas líneas debo dirigir dos palabras á la zelosa autoridad de la provincia:

Sr. Elduayen: ¿no le parece á V. E. que los que tales artes ejercen merecen ser clasificados entre los *tomadores*, *enterradores*, *timadores*, *espadistas* y otros industriales análogos? ¿No le parece á V. E. que redundaría en beneficio de todos los hombres honrados cuanto se hiciera para descubrir y castigar á los que así procuran el desprestigio de la prensa?

El caso concreto que motiva este artículo supone muy poco ciertamente; pero el procedimiento se presta á mayores y más trascendentales abusos, y por eso me he decidido á darle publicidad.

M. OSSORIO Y BERNARD.

CASCABELES.

Mucho agradece el director de EL CASCABEL, que lo es tambien de *Los Niños*, los elogios que de esta publicacion hacen *La Epoca*, *El Imparcial*, *La Política*, *La Correspondencia*, *El Tiempo*, *El Diario Español*, *El Popular*, *El Correo de Madrid* y otros periódicos.

En la publicacion de *Los Niños*, ha invertido cuanto tenía su director, luchando con las terribles circunstancias por que ha atravesado el país en estos últimos años, perdiendo infinidad de números y paquetes en las provincias invadidas por la guerra, sin más apoyo oficial que la insignificante adquisicion de 100 ejemplares por el Ministerio de Fomento, con el 25 por 100 de rebaja, apoyo que no sabemos si ahora se nos seguirá dispensando, pues el Ministerio no ha tomado todavia los tomos 9 y 10, publicados el año anterior. Un editor, que no fuera escritor, habria minado el mundo para obtener más proteccion en favor de tan útil publicacion, ó la habria abandonado, dedicándose á

no permitan más personas que las que caben cómodamente.

Que no toleren que vaya nadie en los estribos, pues además de haber peligro para los que van en ese sitio, incomodan mucho á las personas que bajan de los carruajes, sobre todo á las señoras.

Que los coches paren cuando alguien suba ó baje, y no sigan hasta después de haber subido ó bajado las personas que suban ó bajen.

La empresa del tram-vía hace un gran servicio al vecindario, pero es preciso que procure también toda la mayor comodidad al público y evite las desgracias de que ya ha habido algunos ejemplos.

También sería una mejora digna de aplauso que á cada persona, al subir al carruaje, se le diera un número de EL CASCABEL para distraerse honestamente.

La *Correspondencia*, *La Patria* y otros periódicos han copiado el artículo *El Poeta ciego*, sin citar su origen. Conste que EL CASCABEL fué el primer periódico en que se publicó ese artículo en favor de un desgraciado escritor ciego, notabilísimo poeta, que vive en Orense, en bien poco halagüeña situación.

En el barrio de la Prosperidad ha sido descubierta una fábrica de moneda falsa.

Fueron los monederos á buscar la prosperidad y han dado en el Saladero.

También hay sus peligros en la prosperidad.

Y así podía seguir haciendo reflexiones hasta el día del juicio.

La Iberia dice que el partido constitucional mantiene y sustenta los derechos y libertades que consigna la Constitución de 1869, hecha por los revolucionarios:

Ya te contentarás con tres pesetas.

La Epoca acaba de publicar una preciosísima novela de mi querido Trueba, titulada *La redención de un cautivo*. Creemos que esta obra se publicará en un tomo. Por su intención sana y buena, como sucede siempre con las obras de Trueba, por la novedad y grandeza de su pensamiento, y por su encantador estilo, esta obra es una de las mejores del celebrado autor de *El libro de los cantares*.

Ya vino *El Siglo Futuro*,—que parece que no es bobo,—también ha salido *El Globo*,—que hará suerte de seguro.—*El Becerro* va á salir,—luego *La Publicidad*,—y *La Familia*. En verdad—que ya no hay más que pedir.—Y si no hay ilustración—y otras cosas que yo sé,—no será por falta de—papeles en la nación.

Me parece que las empresas de los teatros pequeños podían haber seguido el ejemplo de las de los teatros principales que no han dado funciones en la Semana Santa, respetando una antigua y piadosa costumbre.

También creemos que debería el Gobierno prohibir en absoluto, como ya se prohibió en otro tiempo, que se pusieran en escena obras dramáticas en que se presente la Pasión de Jesucristo.

Los vecinos de la calle de Goya, en mi barrio, se quejan, con razón, de lo que afea tan hermosa calle aquella casaca saliente. A ver si se quita pronto ese estorbo.

Creo yo que ahora sería ocasión, puesto que se están haciendo algunas cosas buenas, de quitar el nombre grosero de Carretas á la calle que así se llama, poniéndola el glorioso de Mendez Nuñez, como ya se propuso por el Sr. Linares y otros vecinos de la misma. Esto no cuesta nada y serábien visto por todo el mundo.

LINARES, ÓPTICO.

CALLE DE CARRETAS, NUM. 3.

Gafas y lentes con cristales de roca del núm. 5 al 100, serrados al eje, desde 40 rs. Se hace ver por medio de un aparato científico para este objeto la verdadera y legítima clase de estos cristales de roca.

Gafas de oro con cristales de roca iguales á los anteriores, á 100 rs.

IMPRESA DE EL CASCABEL: Cid, núm. 4. (Recoletos.)



LOS NIÑOS

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR

D. CARLOS FRONTAURA

Todos los padres de familia deben suscribir á LOS NIÑOS á sus hijos.

Un año en Madrid 40 reales.
 en provincias 50
 Por seis meses 22 y 28 respectivamente.

Dirigirse á la Administacion de EL CASCABEL, plaza de Matute, núm. 2, librería.

Las suscripciones de provincias con su importe, deben dirigirse á D. C. Frontaura, Serrano, 82, Madrid.